

Historia de un Árbol

Todas las mañanas se despertaba con el fuego que aún no lo había calcinado, con el sol del oriente, con las sobras presas de los pumas compañeros. Todas las mañanas era igual. No tenía mucha compañía de su especie pues los hombres, ¡oh! los furiosos hombres, en su afán de limpieza, habían carcomido su apreciada familia.

Era testigo diario del vil asesinato hacia los felinos solo por su instintiva caza.

La meseta que lo vio nacer lloraba atardeceres sin nubes, más sí con ceniza de sus compañeros caídos.

Una tarde en la que quizás, de no ser por su suerte, de no ser por las matas; hierba mala para el bípedo, sería protagonista de alguna otra historia.

La mañana había comenzado inocente, sin sed de madera y con un alba que relamía el alma del más frío, y derretía con su simpleza la escoria de mil corazones. Todo seguía su curso natural; a la distancia, las águilas planeaban en señal de bostezo eterno, las sierras y sus pastizales decoraban el paisaje como un mate amargo en la mesa, un domingo a la tarde.

El aire era extraño y decidió dormitar para que el sol finalice su andar y dé espacio a la bella luna, con estalactitas de luz platinada colgadas de su uniforme y ambiguo contorno.

Despertó de la fresca siesta. Le gustaba sentir el aire de montaña, ya seco después de su arduo recorrido, y el sabor a mar, las pocas veces en las que el mismo viento daba marcha atrás en su constante caminar. Al despegar un ojo se vio bajo un cielorraso de negro y denso humo; abrazado, oprimido, tapado por una frazada roja anaranjada que lo chistaba para que no gritase, mientras los látigos de fuego le chicoteaban sus retorcidas ramas, se aprovechaban de su situación indefensa de dependencia (sustentada por el arroyo) y lo mataban de a poco. El sonido del fuego devoraba sus oídos de dura corteza de las que sangraba savia de otoño. No tenía edad aunque sí vivencia, experiencia en el calor y el frío, en la brisa que acariciaba, toda la vuelta de aguja, a la Patagonia. Ese fue su último descanso, fue el último amanecer en el que lo regó la alegría. No tenía miedo ya que conocía su fin, como una estatua de carbón más, cerca de la pequeña montaña, silueta que acompañaba al cauce de vida. De haber podido hubiese sonreído; por fin conocería el sufrimiento y la agonía que divisaba a diario.

El puma a orillas del hilo azul, ya se había alejado al percibir la llegada del hombre: con su artillería de féretros llenos de combustible y chisperos que chasqueaban al compás de la muerte, sinfonía en Si menor. No quedaba testigo alguno que presenciara su cronológica muerte, siquiera los sádicos causantes de tanto mal, que derramaban fuego artificial de sus contenedores igual de artificiales ¡Esos seres artificiales! Con sentimientos artificiales y artimañas en sus mortíferas psiquis. Cobardes que huyen del destino del pobre Chacay patagónico.

Ya no lo bañaría la luna en su platinada luz de aguas tibias, ya el viento no lo peinaría raya al éste, ni serviría de reparo para los pequeños seres nocturnos. Ya no sería paisaje, dejaría de estar aferrado de raíz y comenzaría a ser solo adorno del oscuro e infinito paisaje reseco. Al igual que sus ancestros y sus verdes compañeros de ciclo, a quienes agradecía su compañía con el grito afónico de sus chisporroteantes hojas pequeñas.

Antonio Castel

